

LA BULA DEL PAPA Y LA SEÑAL DEL FUEGO

El Dr. Eck, marchó a Roma lleno de enojo contra Lutero, y no descansó hasta que el 15 de Junio de 1520 logró que fuese expedida la bula de excomunión papal. Esta bula condenaba 41 setencias o conclusiones de Lutero, así como sus libros, y le lanzaba de la comunión de la Iglesia, si no se retractaba en el término de sesenta días. Todo el que aceptase la doctrina de Lutero, quedaba conminado por la pérdida de todos sus oficios y dignidades, y privado de derramamiento en lugar sagrado, etc. Lleno de gozo por tal triunfo, volvió el Dr. Eck con esta bula a Alemania, pero no logró muy buena suerte con ella. El hecho de llevarla él mismo, daba al hecho tales apariencias de venganza personal, que la impresión causada por la bula fue poco eficaz y casi contraproducente. Hasta en Leipzig, le enviaron cartas llenas de amenazas, y se burlaron de él de todas maneras. En Erfurt la bula fue hecha pedazos por multitud de estudiantes y echada después al agua; y en otras muchas partes ni siquiera fue publicada. Más ¿qué sign

Al Reformador no se le oculta el enorme peligro en que se halla, pero eleva sus ojos al cielo y su alma se acoge al trono de Dios. ¿Qué va a suceder? Lo ignoro -dice-; sin embargo, no tengo empeño en saberlo. Sólo sé, y me basta, que ni una hoja del árbol cae sin el beneplácito de nuestro Padre celestial. Es poca cosa morir por el Verbo, pues que este Verbo se hizo carne y murió por nosotros; con El resucitaremos si con El morimos.

Todo el mundo se preguntaba qué iba a hacer Lutero entonces. En primer lugar, reiteró en 17 de Noviembre la apelación al juicio de un concilio general de toda la Iglesia, que había hecho ya dos años antes.

El acto revistió la siguiente solemnidad; a las diez de la mañana se reunieron Lutero, un notario público y cinco testigos en una sala del convento de Agustinos, y Lutero declaró en voz alta: En atención a que el poder general de la iglesia cristiana es superior al del Papa, sobre todo en lo concerniente a la fe; En atención a que el poder del Papa no es superior, sino inferior a la Escritura, y que él no tiene derecho para degollar los corderos de Cristo y abandonarlos al lobo; Yo, Martín Lutero, agustino, doctor en Sagrada Escritura en Wittemberg, apelo por este escrito por mí y por los que están o estarán conmigo, del santísimo Papa León, a un concilio universal y cristiano.

Y apelo del dicho Papa León, primeramente, como de un juez inicuo, temerario, tirano, que me condena sin oírme y sin exhibir los motivos. Segundo, como de un hereje, condenado por la Sagrada Escritura, que me ordena negar que la fe cristiana sea necesaria para la recepción de los sacramentos. Tercero, como de un adversario y un tirano de la Sagrada Escritura, que osa oponer sus propias palabras a las palabras de Dios. Cuarto, como de un menospreciador de la santa Iglesia cristiana y de un concilio libre, y que pretende que un concilio no es nada en sí mismo.

Esta protesta fue enviada a muchas cortes de la cristiandad.

Después atacó la misma bula, en un escrito intitulado Contra la bula del Anticristo en el cual hacia la defensa de todas las doctrinas que la bula había condenado. Sólo citaremos un párrafo. La décima proposición de Lutero estaba así concebida: Los pecados no le son perdonados a ningún hombre, si no cree que le están perdonados cuando le absuelve el confesor. Al condenar el Papa esta proposición, negaba fuese necesaria la fe en el sacramento de la penitencia. Pretenden exclama Lutero- que no debemos creer que nos sean perdonados los pecados sino cuando somos absueltos por el sacerdote. ¿Qué debemos hacer, pues? Escuchad, ¡oh cristianos!, la noticia que acaba de llegar de Roma. Se pronuncia condenación contra este artículo de fe que confesamos, diciendo: Creo en el Espíritu Santo, en la Iglesia Universal y en el perdón de los pecados.

Entretanto que Lutero hablaba con tanta energía, el peligro arreciaba. Ya principiaba a ponerse en ejecución la bula; no era vana la palabra del sumo pontífice; las hogueras se levantaban a su voz y

quemaban los libros del hereje, en Amberes, Lovaina, Maguncia, Colonia, Ingolstadt y otras poblaciones; pero en todas partes el pueblo se alborotó y demostró su enojo por este proceder. Tampoco los príncipes de Alemania, reunidos entonces para asistir a la coronación del nuevo emperador Carlos V, estaban contentos. Mas lo que los nuncios del Papa anhelaban, no era quemar libros y papeles, sino al mismo Lutero. Emplearon todos los medios posibles para lograr un edicto contra la cabeza de Lutero. Pero Carlos no fue tan condescendiente. No puedo -les contestó-, sin el parecer de mis consejeros y el consentimiento de los príncipes, descargar semejante golpe sobre una fracción numerosa y protegida por tan poderosos defensores. Veamos primeramente qué piensa de esto nuestro padre el elector de Sajonia; veremos después lo que tendremos que contestar al Papa. En vista de esto, los nuncios se dirigen al elector para ensayar con él sus artificios y el poder de su elocuencia.

Era crítica la posición en que se hallaba Federico. Por un lado, estaban el emperador, los príncipes del imperio y el sumo pontífice de la cristiandad, a cuya autoridad aún no pensaba sustraerse; por otro, un fraile, un pobre fraile; pues a él solo era a quien reclamaban. Mas el elector estaba convencido de la injusticia que hacían a Lutero. Se horrorizaba ante la idea de entregar a un inocente en las manos de sus enemigos. La justicia antes que el papa, fue la norma que adoptó, resuelto a no ceder a Roma.

En medio de esta agitación general, Lutero no pensaba en ceder. A sus valientes palabras puso el sello con una acción más valiente aún. No debía quedarse atrás en esta lucha: lo que había hecho el Papa, iba a hacerlo el fraile: palabra contra palabra, hoguera contra hoguera. El 10 de Diciembre se fijó en la Universidad de Wittemberg un aviso para que todos los profesores y estudiantes se encontrasen a las nueve de la mañana ante la puerta de la Elster. Doctores, estudiantes y pueblo se reunieron, y se dirigieron al lugar designado. Lutero iba entre los primeros. Roma había encendido muchas hogueras para quemar las vidas de los herejes; Lutero quería emplear el mismo procedimiento, no para destruir personas, sino para destruir inútiles y nocivos documentos para esto sirvió el fuego. La hoguera estaba preparada; un licenciado la encendió. Y apenas se levantaron las llamas, el Doctor en Teología Martín Lutero se acercó con su hábito de monje, llevando en sus manos las decretales pontificias, algunos escritos de sus adversarios y la bula papal. Primero, fueron quemadas las decretales; después elevó Lutero la bula sobre su cabeza, y dijo: Por cuanto has turbado al Santo del Señor (es decir, a Jesucristo, cuya obra de salvación completa negaba la bula), el fuego eterno te turbe y consuma. Josué, 7, 25), y la echó en las llamas. Esta era, por decirlo así, la señal del incendio y la prueba de que desde aquel momento la separación de Roma era completa.

Al día siguiente, todos los oyentes esperaban una arenga de Lutero. Concluida su explicación, que versó sobre los Salmos, permaneció silencioso algunos instantes, inmediatamente dijo con viveza: Guardaos de las ordenanzas e instituciones del Papa. Yo quemé las decretales, pero esto no fue sino un juego de niños. Ya sería tiempo y más tiempo de que se quemase la silla de Roma con todas sus abominaciones. Tomando acto continuo un tono más grave, dijo:

Si vosotros no combatís esforzadamente el impío gobierno del Papa, no podéis ser salvos. Cualquiera que se complazca en la religión y culto papista, será eternamente perdido en la otra vida. Si se ha desechado la comunión romana, es menester resignarse a soportar con paciencia toda clase de sufrimientos, como también a perder la vida. Pero más vale exponerse a todo esto en este mundo, que callarse. Mientras yo viva, manifestaré a mis hermanos la llaga y la peste de Babilonia, temiendo que muchos de los que están con nosotros sucumban con los demás en el abismo del infierno.

No se puede imaginar el efecto que produjo sobre la asamblea este discurso, cuya energía nos admira. Ninguno de nosotros -añade el sincero estudiante que nos lo ha conservado- no siendo un leño sin inteligencia, duda que esto sea la verdad pura. Es opinión de todos los fieles que el doctor Lutero es un ángel del Dios vivo, llamado para administrar el pasto de la Palabra de Dios a las ovejas de Cristo, que por tanto tiempo han permanecido descarriadas.

Aquel discurso, con el acto que lo coronó, marcan una época importante de la Reforma. La conferencia de Leipzig, había separado interiormente a Lutero del papa; mas el acto de quemar la bula fue una declaración formal de su separación del obispo de Roma y de su Iglesia, y de su adhesión a la Iglesia universal, tal cual fue fundada por los apóstoles de Jesucristo.

Con esta valiente decisión empieza la Reforma, a lo menos en cuanto a sus consecuencias inmediatas, a saber: la formación de una Iglesia propia, independiente del Papa. Desde aquel momento era preciso declararse, o en pro de Lutero o contra él; y el que estuviese con él, se entendía que había roto todo lazo con la Iglesia romana.

LA DIETA DE WORMS

En el año 1519, a la muerte del emperador Maximiliano, la corona del impero alemán recayó en su nieto el joven rey Carlos I de España, porque el príncipe elector Federico el Sabio, al cual había sido ofrecida antes, la había rehusado. En Febrero de 1521 se reunió una asamblea general de todos los príncipes y representantes de las ciudades en Worms, y esta era la primera Dieta que celebraba el nuevo emperador Carlos.

Apenas rayaba Carlos entonces en los veinte años: aunque pálido y enfermizo, sabía, no obstante, montar a caballo con gallardía, y romper lanzas como cualquier otro; de carácter taciturno, de porte grave, melancólico, aunque expresivo y benévolo, no revelaba aún un espíritu eminente, ni parecía haber adoptado todavía una línea marcada de conducta.

El Papa, habiendo experimentado cuán poco podía influir en aquellas circunstancias en la opinión del pueblo alemán por medio de bulas condenatorias o edictos despóticos, trató de hacer callar a Lutero con grandes ofertas; pero esto fue también en vano. Ahora pidió a la Dieta general del impero reunida en Worms que le ayudase eficazmente en su lucha contra Lutero. Mas con toda su elocuencia, el legado Papal, Aleandro no pudo conseguir que Lutero fuese condenado sin ser oído, sino que debía con este objeto comparecer ante aquellos príncipes. Verdad es que bajo la influencia del Papa, Carlos V hizo quemar en los Países Bajos los escritos de Lutero; mas no por esto quería precipitarse; más bien se inclinaba a un sistema de transacción, que consistía en agasajar al Papa y al elector, y manifestarse inclinado alternativamente, ya al uno, ya al otro, según conviniera a sus planes. Uno de sus ministros, enviado a Roma por asuntos políticos, llegó justamente allí mientras que el doctor Eck intentaba con gran ruido la condenación de Lutero. El astuto embajador reconoció al punto las ventajas que su amo podía sacar del fraile sajón, y escribió el 12 de Mayo de 1520 al emperador: Vuestra Majestad debe ir a Alemania y hacer algún servicio a un tal Martín Lutero que reside en la corte de Sajonia. Sus predicaciones causan mucho ruido en la corte de Roma.

En verdad la causa evangélica estaba en un trance peligrosísimo. No le parecía reservada otra suerte que la del mismo Jesús; a saber, el ser vendida por un precio vil e indigno. Mas Dios ya tenía preparado al que la había de proteger; el príncipe elector Federico el Sabio había reconocido la verdad por los libros de Lutero, y le era cada día más propicio; por lo tanto, pidió al emperador que no se procediese contra Lutero sin darle ocasión para defenderse.

A su vez, el nuncio romano, Aleandro, hombre muy instruido, elocuente e intrigante, hizo todo lo posible para que no se presentase Lutero a la Dieta.

No se discutirá con Lutero, decís -exclamó--; pero el poder de ese hombre audaz, sus centelleantes ojos, la elocuencia de sus palabras, el espíritu misterioso de que está animado, ¿no serán bastantes para excitar alguna sedición? Pronunció ante la Dieta en sesión solemne un discurso elocuentísimo de tres horas seguidas, combatiendo las doctrinas y la persona de Lutero. Luego trató de excusar y hasta de defender los abusos y vicios de Roma, exaltando la autoridad Papal, las santas doctrinas y prácticas de la Iglesia. Pero dio un mal paso con esto. En la primera parte asistieron

muchos, y otros fueron impresionados. Mas tan pronto como hubo acabado de defender los abusos y estado actual de la corte pontificia y la Iglesia, se levantó el duque Jorge de Sajonia, el adversario más encarnizado de Lutero, atacando al Papa más fuerte aún que el mismo Lutero. Los golpes que descargó fueron tales, que la Dieta, sin tardar, nombró una comisión encargada de recoger y redactar todas las demandas, quejas y proposiciones de Reforma presentadas a la Dieta. Se hallaron ciento y una, que fueron presentadas al emperador. ¡Cuántas almas cristianas se pierden! -dijeron a Carlos V-; ¡Cuántas rapiñas se cometen, de cuántos escándalos está rodeado el Jefe de la cristiandad! Es menester precaver la ruina y el vilipendio de nuestro pueblo. Por esto, unánimemente os suplicamos que ordenéis una reforma general, que la emprendáis y la acabéis.

Así, pues, todos, sin distinción, reconocieron el mal. El único que expuso a la vez su origen y su remedio fue Lutero. Carlos no podía permanecer insensible a tales demandas. Su mismo confesor le había amenazado con las venganzas del cielo si no reformaba la Iglesia. La opinión de la asamblea y la voz general exigían que compareciese Lutero ante la Dieta. Como consecuencia de todas estas gestiones e impresiones se expidió un edicto del emperador, no al condenado Lutero, como la bula Romana le llamaba, sino al querido, honrado y piadoso doctor Martín Lutero para que en el término de veintiún días se presentase en Worms ante el emperador y la Dieta. Carlos V envió además otra carta, en la cual le prometía toda seguridad en el viaje. Lutero tenía necesidad de esto porque la bula condenatoria del Papa, que hasta entonces sólo se había anunciado condicionalmente, había sido publicada en definitiva contra Lutero el 3 de Enero de 1521.

Entre las lágrimas de todos los habitantes de Wittemberg, que ya creían a Lutero perdido y trataban vanamente de disuadirle del viaje, emprendió éste con toda confianza su camino hacia Worms el 2 de Abril de 1521, en compañía de algunos amigos, y del heraldo del imperio, Gaspar Sturm. Del estado de ánimo en que empezó su viaje, da testimonio este cántico tan sublime que elevó en el camino: Castillo fuerte es nuestro Dios, componiendo él mismo también la música para entonarlo. Este canto es tan bello y ha tenido tanta importancia en la historia de la Reforma, que bien merece la pena de reproducirlo aquí, aunque muchos de nuestros lectores lo sepan ya de memoria, y lo canten con la misma música de Lutero. La traducción del alemán se ha hecho todo lo exactamente posible; es el cántico de batalla en el nombre de Dios:

Castillo fuerte es nuestro Dios, defensa y buen escudo.

Con su poder nos libraré en este trance agudo.

Con furia y con afán, acósanos Satán:

por armas deja ver astucia y gran poder,

cual él no hay en la tierra.

Nuestro valor es nada aquí con él todo es perdido;

mas por nosotros pugnaré de Dios el Escogido.

¿Sabéis quién es? Jesús, el que venció en la cruz,

Señor de Sabaoth; y pues El solo es Dios,

El triunfa en la batalla.

**Aun si están demonios mil prontos a devorarnos,
no temeremos, porque Dios sabrá aún prosperarnos;**

**que muestre su vigor Satán, y su furor
dañarnos no podrá, pues condenado es ya
por la Palabra Santa.**

**Sin destruirla dejarán, aun mal de su grado,
esta Palabra del Señor; El lucha a nuestro lado.**

**Que lleven con furor los bienes, vida, honor,
los hijos, la mujer; todo ha de perecer;
de Dios el reino queda.**

El viaje de Lutero desde Wittemberg a Worms fue un continuado triunfo. En todas partes el pueblo se acercaba a él y rodeaba su carruaje. Hombres ancianos bendecían el día en que el cielo les había concedido la ventura de ver a este monje, que se atrevía a resistir a la tiranía de Roma, que los quería liberrar de la esclavitud Papal, y que les anunciaba el sincero Evangelio. Muchos querían disuadirle de ir a Worms y le pronosticaron que tendría la misma suerte fatal que Juan Huss, a quien habían quemado en Constanza. Pero Lutero les contestó: Aunque hicieran una hoguera que abrasase todo el trayecto de Wittemberg a Worms, y se levantase hasta el cielo, sin embargo, en el nombre del Señor me presentaría y confesaría a Cristo, y me confiaría a El en todas cosas. Cuando ya estuvo cerca de la ciudad, recibió una carta de su amigo Spalatin, fechada en Worms, en la cual le aconsejaba no corriese tan ciego a tal peligro, y le mandaba que no se presentase. El inmutable Lutero clavó la mirada sobre el mensajero, y contestó: Id y decid a vuestro amo: Voy a donde me han llamado, y aunque hubiese en Worms tantos diablos como tejas en los tejados, aun así entraría. No habla de este modo ningún hombre que no tiene firme confianza en la justicia de su causa y que no considera al Señor como su castillo y seguro refugio.

El 16 de Abril, a las diez de la mañana, entró Lutero en Worms, precedido por el heraldo del emperador. Una inmensa muchedumbre de todas las clases del pueblo se apiñaba en torno de su coche. Hombres, mujeres, ancianos y niños le saludaron con alegría e indescriptible júbilo. Durante el día y hasta las altas horas de la noche, fue visitado en su alojamiento por muchos condes y señores, clérigos y legos. También el conde duque de Hesse fue a verle, y cuando se despedía de él, le dio la mano, y dijo: Señor doctor, si tenéis razón, Dios sin duda os ayudará.

Al día siguiente le condujeron ante la gran asamblea de los diputados del imperio. Era tanta la muchedumbre que quería verle, que muchos se subieron a los tejados con este objeto; para que pudiese penetrar en el local de la asamblea, fue necesario hacerle rodear por jardines y calles poco frecuentadas. Había pasado toda la noche anterior contemplando el bello firmamento con sus estrellas; y orando había luchado con su Dios e implorado su auxilio, como hizo Jacob en Peniel.

En esa noche se le oyó, entre otras cosas, pronunciar estas palabras: Dios Todopoderoso y eterno: ¡qué cosa tan vil es el mundo! ¡Cómo se abren en él las bocas de los hombres; cuán pequeña es la confianza de los hombres en su Dios! ¡Qué débil y temerosa es la carne, y que poderoso y activo el diablo con sus apóstoles y sus sabios del mundo! ¡Cuán pronto abandonan las cosas celestiales y corren a su perdición, yendo a los infiernos por el mismo ancho camino que los impíos y la muchedumbre del mundo. Ellos miran solamente lo que es grande y poderoso, magnífico y fuerte ante sus ojos, y lo que tiene apariencias exteriores. Si yo hubiera de imitarlos, pronto me vería abandonado y juzgado por el mundo' Dios mío, oh Dios mío; tú sólo eres Dios, el Dios mío! ¡Ayúdame tú contra toda la razón y sabiduría del mundo entero! Tú debes hacerlo, y sólo Tú, porque la causa no es mía, sino tuya: por mi

persona no tengo nada que ver con ella, ni tampoco con estos hombres poderosos en el mundo. Porque yo por mi parte podría tener tranquilos y quietos días en el mundo y vivir sin perturbación. ¡Pero tuya es la causa, Señor, la causa justa y eterna! Ayúdame tú, ¡oh Dios mío!, fiel y eterno. Yo no tengo confianza en ningún hombre. Todo sería en vano, y nada me aprovecharía. ¡Todo lo que es carne y confía en carne, es falible y perecedero! ¡Oh Dios, oh Dios! ¿No me escuchas, mi Dios? ¿Estás muerto? No, no puedes morir; solamente te escondes de tus criaturas. ¿No me has elegido para esta causa, según creo saber de cierto? Te lo pregunto: ¡y si así es, Tú debes dirigir mis pasos! Porque nunca en mi vida me habría propuesto oponerme a señores tan grandes y poderosos, y nunca lo hubiera pensado. ¡Pues bien, Dios mío; ayúdame en el nombre de tu Hijo querido Jesucristo, que ha de ser mi protección y mi amparo, mi castillo fuerte, mi poder en la fuerza del Espíritu Santo! Señor, ¿dónde te escondes? ¿Por qué tardas? Tú, Dios mío, ¿dónde estás? ¡Ven, ven!; ¡yo estoy pronto hasta perder mi propia vida, paciente como un cordero! Porque justa es la causa y tuya es; y por lo tanto, no me separaré de ella y de Ti en toda la eternidad. Así lo resuelvo ahora en tu nombre. Porque el mundo nunca podrá constreñir mi conciencia, aunque estuviera lleno de diablos. Y no temo, aunque mi cuerpo, que es obra y criatura de tus manos, fuese en esta empresa destruido o despedazado; porque tu palabra y tu espíritu me quedarán: los enemigos pueden atacar sólo al cuerpo; el alma es tuya, a Ti pertenece y permanece también contigo por toda la eternidad. Amén. Dios mío, ayúdame. Amén.

Cuando llegó ante la puerta del salón, donde estaba reunida la Dieta, Dios le envió un gran consuelo por boca del famoso capitán Jorge Frunsberg. Este le puso la mano en el hombro y le dijo: Frailecito, frailecito, ahora empiezas un camino muy difícil, más difícil que el que yo y muchos capitanes han tenido que recorrer en la batalla más sangrienta. Pero si estás convencido de que tu causa es justa, avanza en el nombre de Dios y nada temas. No te abandonará.

Momentos después, se encontraba nuestro doctor Martín Lutero ante el emperador Carlos y su hermano Fernando; ante seis electores, veintiocho duques, once marqueses, treinta obispos, otros doscientos príncipes y señores y más de cinco mil concurrentes, sin contar los que estaban en la antesala y los que miraban por las ventanas. Nunca se había encontrado en presencia de tanta magnificencia y poder, pero no temblaba.

Su sola presencia allí era ya un triunfo manifiesto, conseguido sobre el Papa que le había excomulgado.

Sobre una mesa se hallaban los libros que Lutero había hecho imprimir. Preguntáronle si los había escrito y si quería retractarse de su contenido. Según el consejo de su abogado, Jerónimo Schurff, pidió que antes se leyese los títulos de sus libros, después contestó a la primera pregunta con un sí. Respecto a la segunda, Lutero dudó un momento sobre lo que debía contestar. Entonces hubo un movimiento general de ansiedad y emoción; y Lutero, que no quería aparecer como hombre imprudente, pidió que le concediesen un corto tiempo para pensar bien la contestación: Porque –dijo– en esta pregunta se trata de la Palabra de Dios, de la fe cristiana y de la salvación del alma.

Esta respuesta, lejos de dar a sospechar alguna vacilación en Lutero, era digna del Reformador, de la alta asamblea y de la gravedad del asunto. Lutero reprime su carácter impetuoso; esta reserva y calma le disponen para responder más tarde con una sabiduría, poder y dignidad que frustrarán las esperanzas de sus adversarios.

Mientras tanto Carlos, impaciente de conocer al hombre cuya palabra revolvía el imperio, no había apartado sus miradas de él. Se volvió hacia uno de sus cortesanos, y dijo con desdén: Por cierto, no será este hombre el que me haga hereje. El joven príncipe sólo miró lo que estaba delante de los ojos, el aspecto humilde de Lutero, y no alcanzó a comprender la grandeza del espíritu que le movía. ¡Ojalá que sus ojos hubieran penetrado más adentro, y la suerte de España y la del mundo habría sido otra!

Después de breves consideraciones, la petición de Lutero fue aceptada por unanimidad, y le fue concedido un día de término. El heraldo le acompañó otra vez a su posada. En el tránsito, el pueblo, al verlo, se entusiasmó en su favor hasta tal punto, que una voz gritó: ¡Feliz la madre que te parió! Muchos señores de la nobleza fueron a verle a la posada, y dijeron: Señor doctor, ¿cómo estáis? Se dice que querían quemaros, pero esto no se hará, pues perecerían todos ellos juntos con vos. Lutero pasó toda la noche en ferviente oración.

Al día siguiente, 18 de Abril, a las cuatro de la tarde, fue el heraldo otra vez a la posada donde paraba Lutero, con el fin de acompañarle a la Dieta; pero no pudieron llegar hasta dos horas después, cuando las luces estaban ya encendidas. Habiéndosele preguntado otra vez si quería retractarse, hizo sobre sus libros tres distinciones. En unos, dijo, había tratado de la fe cristiana y de las buenas obras, tan sencilla y claramente, que hasta sus propios adversarios las declararían dignas y útiles. Si se retractase de lo expuesto en estos libros, condenaría a la misma verdad cristiana. En otros había atacado al Papado y a los papistas porque habían destrozado con sus perversas doctrinas y ejemplos la cristiandad entera en cuerpo y alma, y se habían apoderado de los bienes de la nación alemana con una tiranía increíble. Si se retractaba de aquello, ensalzaria implícitamente la tiranía y las obras impías. Y finalmente, los libros restantes eran aquellos que había escrito contra los amigos del despotismo Papal. Confesaba que en estos libros había algunos párrafos demasiado fuertes y de gran energía; pero tampoco podía retractarse de ellos, porque las personas aludidas, seguirían entonces en su mal camino y no se enmendarían: el desaprobarnos sería, pues, una defensa tácita de su mal proceder. "Tengo que decir con el Señor Jesús: Si he hablado mal, que se me pruebe dónde está el mal." Después se declaró dispuesto a dejarse refutar por cualquiera, aun por el más humilde, con tal que le probasen sus errores por la Sagrada Escritura. Lutero hablaba en latín lo mismo que el oficial del arzobispo de Tréveris, y luego repitió lo dicho en alemán. El canciller del elector de Tréveris le contestó que no estaban allí para disputar, sino para obtener una contestación clara y terminante: si quería retractarse, o no.

Entonces Lutero contestó solemnemente:

Puesto que su Majestad imperial y sus altezas piden de mi una respuesta sencilla, clara y precisa, voy a darla tal que no tenga ni dientes ni cuernos, de este modo: El Papa y los Concilios han caído muchas veces en el error y en muchas contradicciones consigo mismos. Por lo tanto, si no me convencen con testimonios sacados de la Sagrada Escritura, o con razones evidentes y claras, de manera que quedase convencido y mi conciencia sujeta a esta palabra de Dios, **YO NO QUIERO NI PUEDO RETRACTAR NADA, POR NO SER BUENO NI DIGNO DE UN CRISTIANO OBRAR CONTRA LO QUE DICTA SU CONCIENCIA; HEME AQUÍ; NO PUEDO HACER OTRA COSA; QUE DIOS ME AYUDE. AMÉN.** Dos heraldos acompañaron a Lutero a su posada donde dijo a Spalatin: Si mil cabezas tuviese, todas me las dejaría cortar antes que retractar nada.

La asamblea permanecía atónita; era extraordinaria la impresión que Lutero produjo en este día por su santo valor para confesar su fe ante toda la Dieta del imperio. Muchos príncipes no podían ocultar su admiración; volviendo el emperador de su primera impresión, exclamó en alta voz: El fraile habla con un corazón intrépido, y con indomable valor. Los partidarios de Roma se callaron, sintiéndose derrotados. Algunos de los españoles, empleados del emperador, sisearon. El fraile había vencido a los potentados de la tierra. Se había cumplido en él la promesa del Señor. Si os guían ante príncipes y reyes por mi causa, no penséis cómo o qué habéis de hablar, porque en aquella hora os será dado lo que hayáis de hablar; porque no sois vosotros los que habláis, sino que el Espíritu de vuestro Padre es el que habla en vosotros. (Mateo 10, 18-20.)

Se había ganado muchas voluntades hasta entre los príncipes, aunque no se atrevían a confesarlo públicamente. El elector Federico estaba lleno de gozo con la conducta de su fraile Martín, que había hecho una confesión tan valiente y noble ante el emperador y los príncipes: y por la noche dijo a Spalatin: ¡Oh, qué bien y valientemente ha hablado hoy el padre Martín ante el emperador y los

Estados del imperio! ¡Sólo que es demasiado atrevido! El duque Eric de Brunswick, aunque entonces partidario de Roma, le envió un jarro de plata lleno de cerveza de Eimbeck, para que se refrigerase; y Lutero le mandó a decir, dándole las gracias: Así como el duque Eric se ha acordado hoy de mí, nuestro Señor Jesucristo se acuerde de él en su última hora. Estas palabras consolaron al piadoso duque en su lecho de muerte, recordando las de Cristo: Cualquiera que os diere a beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo que no perderá su galardón. (Marcos 9, 41.)

Pero el joven emperador a quien los papistas habían ya de antemano predispuesto en contra de Lutero, no conservó mucho tiempo la impresión que este le había hecho. Sus miras y móviles eran, en verdad, muy extraños a la religión.

Era inminente la guerra con Francia, y el Papa León, ambicioso de engrandecer sus Estados, negociaba a la vez con ambos partidos. A Carlos importaba poco el comprar la amistad del poderoso pontífice a precio de Lutero. Hizo informar al día siguiente a los Estados del imperio que estaba resuelto a proteger la fe católica y a Castigar a Lutero como a un hereje declarado; sin embargo, el salvoconducto de Carlos V le preservaba por de pronto. Es verdad que el nuncio del Papa y algunos otros señores, con su ancha conciencia papista, creyeron que no había obligación de cumplir a Lutero la promesa de seguridad, porque era un hereje; y recordaron lo que se hizo con Juan Huss, al que habían quemado en Constanza, por cima de lo prometido. Pero contra tanta perfidia se opuso hasta el corazón del emperador, quien pronunció estas palabras, dignas de un verdadero príncipe: Aunque todo el mundo faltase a la fidelidad y a las promesas, un emperador alemán no debe hacerlas en vano; no quiero tener que sonrojarme como el emperador Segismundo.

Algunos de los príncipes que eran favorables a la causa de Lutero, el arzobispo Ricardo de Tréveris, el margrave Joaquín de Brandemburgo y otros, lograron que se iniciasen algunas conferencias privadas con Lutero, en presencia de personas doctas y nobles, del duque Jorge de Sajonia, de los obispos de Augsburgo y de Brandemburgo, y otros. Por quince días seguidos, desde el 18 hasta el 26 de Abril, le molestaban amigos y adversarios, desde la mañana hasta altas horas de la noche, con exhortaciones, negociaciones, consejos y ensayos de reconciliación. Estas dos semanas fueron acaso más graves y difíciles de pasar que los días ante la Dieta. No había medio alguno que no emplearan; mas no lograron éxito alguno, porque todo su deseo era que Lutero se retractase, hasta contra su propia convicción, por amor a la paz de la Iglesia.

Por fin, el arzobispo de Tréveris citó en su casa a Lutero y a Spalatin, y ofreció como última proposición un concilio general, al cual Lutero debía sujetarse. Sin duda esta proposición, que disgustaría mucho a Roma, sería más aceptable para Lutero; porque podían transcurrir años y años antes de reunirse el concilio, y ganar tiempo era para la Reforma ganarlo todo. Mas la rectitud de Lutero no podía disimular lo más mínimo: Consiento en ello -dijo-, mas con la condición de que el concilio juzgará según las Sagradas Escrituras. Poner esta condición era rehusar el concilio porque jamás Roma podía consentirlo. Cuando el arzobispo, con mucha benevolencia se lo advirtió, pidiéndole que por la paz de la Iglesia se mostrase más tratable: Ilustrísimo señor -le contestó-, puedo soportarlo todo, mas no abandonar la Sagrada Escritura. He aquí la roca inquebrantable, la eterna Palabra de Dios, que sostuvo firme a Lutero en medio de todo un mar bramando contra él.

Cuando vio el arzobispo que era imposible lograr de Lutero que se retractase, le preguntó: Pues, mi señor doctor, ¿qué es entonces lo que debemos hacer? A lo cual contestó Lutero: Eminente señor: no conozco ahora mejor respuesta que la que dio Gamaliel en los Hechos de los Apóstoles: Si el consejo o la causa es de los hombres, perecerá; pero si es de Dios, no podréis ahogarla. De la misma manera, si mi causa no es de Dios, no durará más que dos o tres años; pero sí es, en verdad, obra de Dios, no podréis ahogarla. Esa profecía, por cierto, no ha dejado de cumplirse.

Por fin, según su deseo se le permitió salir de Worms, y partió de allí el 26 de Abril.